

Samir Amin. **La economía política del siglo XX.** *En publicación seriada Tareas*,
Nro. 113, enero-abril 2003. Ceta, Panamá, R. de Panamá. P.p. 5-22.
ISSN: 0494-7061. Disponible en la web: <http://168.96.200.17/ar/libros/tar113/amin.rtf>
Índice de la Publicación: <http://168.96.200.17/ar/libros/tar113/index113.html>

GLOBALIZACIÓN

LA ECONOMÍA POLÍTICA DEL SIGLO XX*

Samir Amin**

La belle époque

El siglo XX llegó a su fin en una atmósfera asombrosamente parecida a la que había presidido su nacimiento durante la *belle époque* (que fue hermosa, al menos para el capital). El coro burgués de los poderes europeos, EEUU y Japón (en 1910 la “tríada” ya constituía un grupo que se hacía notar) entonaba himnos a la gloria de su triunfo definitivo. Las clases trabajadoras del centro ya no eran las “clases peligrosas” que habían sido durante el siglo XIX y los otros pueblos del mundo eran llamados a aceptar la “misión civilizadora” de Occidente.

La *belle époque* coronó un siglo de transformaciones globales radicales, marcadas por la emergencia de la primera revolución industrial y la formación del moderno estado nacional burgués. El proceso se extendió desde el cuarto nor-occidental de Europa y conquistó al resto del continente, EEUU y Japón. Las viejas periferias de la edad mercantilista (América Latina y las Indias orientales inglesas y holandesas) queda ron excluidas de la revolución dual, mientras los viejos Estados de Asia (China, el Sultanato otomano y Persia) eran integrados como periferias en la nueva globalización. El triunfo de los centros del capital globalizado se afirmó sobre un rápido crecimiento demográfico, que hizo rebasar a la población europea del 23 por ciento del total mundial en 1800 al 36 por ciento en 1900. Al mismo tiempo, la concentración de la riqueza industrial en la tríada, creó una polarización de la riqueza en una escala desconocida para la humanidad a todo lo largo de su historia. En las vísperas de la revolución industrial, la desproporción en la productividad social entre el quinto más productivo de la humanidad y el resto, nunca excedió de una proporción de dos a uno. Hacia 1900, la proporción era de veinte contra uno.

La globalización que se celebraba en 1900, ya entonces llamada “el fin de la historia”, era sólo un hecho reciente, que emergió durante la segunda mitad del siglo XIX. Las aperturas de China y del Imperio otomano en 1840, la represión de los *sepoys* (cipayos) de la India en 1847 y la división de África que comenzó en 1885, marcaron los pasos sucesivos en este proceso. La globalización, lejos de acelerar el proceso de acumulación de capital (un proceso distintivo al que no puede reducirse), provocó una crisis estructural entre 1873 y 1896. Casi exactamente un siglo después ha regresado la globalización por el mismo camino otra vez. La crisis de fines del siglo XIX fue acompañada por una nueva revolución industrial (la electricidad, el petróleo, los automóviles, el aeroplano) que se esperaba transformaría a la especie humana. El discurso era más o menos el mismo que se repite hoy en relación con la electrónica. En forma paralela se crearon los primeros oligopolios industriales y financieros, las corporaciones transnacionales (CTN) de la época. La globalización financiera parecía consolidarse de una manera estable (y fue pensada como eterna, una creencia contemporánea que nos es familiar) en la forma del *Gold Sterling Standard* (el patrón oro).

La internacionalización de las transacciones que se hacían posibles por las nuevas bolsas de valores, era acogida con el mismo entusiasmo que acompaña hoy las conversaciones sobre la globalización financiera. Julio Verne enviaba entonces a su héroe (inglés, por supuesto) alrededor del mundo en ochenta días. Con esto mostraba que “la aldea global” era ya una realidad.

La economía política del siglo XIX fue dominada por las figuras de los grandes clásicos, Adam Smith, Ricardo y luego Marx con su crítica devastadora. El triunfo de la globalización de

fin-de-siècle llevó a un primer plano a una nueva generación “liberal”, deseosa de probar que el capitalismo era “insuperable” ya que expresaba las demandas de una racionalidad eterna y transhistórica. Walras, una figura central en esta nueva generación (cuyo descubrimiento por los economistas contemporáneos no es una coincidencia), hizo todo lo que pudo para probar que los mercados se regulaban solos. Walras tuvo tan poco éxito para probar sus tesis en aquel entonces como los economistas neoclásicos de nuestros días.

La ideología del liberalismo triunfante reducía a la sociedad a una mera multiplicación de individuos. Luego, siguiendo esta reducción, se afirmaba que el equilibrio producido por el mercado constituía el óptimo social y garantizaba la estabilidad política y la democracia.

Todo estaba preparado para sustituir una teoría del capitalismo imaginario por un análisis de las contradicciones en el capitalismo real. La versión vulgar de este pensamiento social economicista encontraría su expresión en los manuales del británico Alfred Marshall, la Biblia de la economía de aquella época. Las promesas del liberalismo globalizado, como eran entonces desparramadas a los cuatro vientos, parecían hacerse realidad por un instante durante la *belle époque*.

A partir de 1896 el crecimiento se reinició otra vez sobre las nuevas bases de una segunda revolución industrial, los oligopolios y la globalización financiera. Esta “salida de la crisis” entusiasmó enormemente a los ideólogos orgánicos del capitalismo –los nuevos economistas – pero estremeció a un movimiento obrero atemorizado. Los partidos socialistas comenzaron a deslizarse de sus posiciones reformistas a más modestas ambiciones, a ser simples asociados en la administración del sistema. Este giro propio de inicios del siglo XX fue muy similar a lo que encontramos hoy en el discurso de Tony Blair y Gerhard Schroeder. Las elites modernistas de la periferia también creyeron que no existían alternativas imaginables fuera de la lógica dominante del capitalismo.

El efímero triunfo de la *belle époque*, duró menos de dos décadas. Unos pocos dinosaurios, aún jóvenes en ese tiempo (por ejemplo, Lenin), predecían su caída, pero nadie los oía. El liberalismo, o el intento de poner en práctica la utopía del “mercado libre” individualista -que en los hechos es la dominación unilateral del capital - no podía reducir la intensidad de las contradicciones de todo tipo que caracterizaban el sistema. Por el contrario, las hacía más agudas. Detrás de los alegres himnos que coreaban los partidos obreros y los sindicatos, a medida que se movilizaban a favor de una causa sin sentido de la utopía capitalista, uno podía escuchar el rumiar de un movimiento social fragmentado, confuso, siempre al borde de una explosión y que se cristalizaba en torno a la invención de nuevas alternativas. Unos pocos intelectuales bolcheviques utilizaban sus dotes para el sarcasmo con respecto al discurso narcotizado de la “política económica del rentista”.

Así describían el “pensamiento único” de principios de siglo XX. Eran las reglas hegemónicas del pensamiento del “libre mercado”. La globalización liberal sólo podía engendrar la militarización de las potencias capaces de desatar una guerra que, en sus formas frías o calientes, habría de durar más de treinta años, de 1914 a 1945.

Tras la aparente calma de la *belle époque* era posible discernir el ascenso de las luchas sociales y de violentos conflictos domésticos e internacionales. En China, la primera generación de críticos al proyecto de modernización burguesa estaban abriendo un sendero. La crítica - todavía en un estadio incipiente en la India, el Imperio otomano, el mundo árabe y América Latina - habría finalmente de conquistar los tres continentes y dominar gran parte del siglo veinte.

La guerra de los Treinta Años (1914-1945)

Entre 1914 y 1945 el escenario fue dominado simultáneamente por dos procesos. Por un lado, la guerra de los Treinta Años entre EEUU y Alemania. Estaba en juego la sucesión de la difunta hegemonía inglesa. Por el otro, los intentos por contener y controlar - por todos los medios posibles - la alternativa de hegemonía presentada por el proyecto de construcción del socialismo en la Unión Soviética.

En los centros capitalistas, tanto los victoriosos como los vencidos en la guerra de 1914 a 1918, se abocaron - contra todos los cálculos – a restaurar la utopía del liberalismo globalizado. Se regresó al *Gold Standard*, se intentó mantener el orden colonial a través de la violencia y se volvió a liberalizar la dirección económica, regulada durante los primeros años de la guerra. El resultado pareció positivo por un breve período y en la década de 1920 se pudo observar un crecimiento renovado, empujado por el dinamismo de la nueva economía de producción de autos en masa en EEUU y el establecimiento de nuevas formas de trabajo de ensamblaje en línea (parodiada tan brillantemente por Chaplin en *Los tiempos modernos*). El experimento tuvo

escaso espacio para generalizarse, aún en el corazón de los países capitalistas, hasta después de la segunda guerra mundial. La restauración liberal de la década de 1920 fue frágil, y colapsó en 1929, cuando se perdió confianza en el sustento financiero del sistema.

La siguiente década, que se enderezaba hacia la guerra, fue una pesadilla. Los grandes poderes reaccionaron frente a la recesión como lo harían en las décadas de 1980 y 1990, con políticas deflacionarias sistemáticas. Sólo sirvieron para agravar la crisis, creando una espiral descendente caracterizada por el desempleo masivo, tanto más trágico para sus víctimas ya que los amparos del Estado de bienestar todavía no existían.

La globalización liberal no pudo frente a la crisis de la década de 1930 y el sistema basado en el oro tuvo que ser abandonado. Los poderes de la época se reagruparon en el marco de imperios coloniales y en zonas de influencia protegidas, creando las fuentes de todos los conflictos que desembocarían en la segunda guerra mundial. Las respuestas de las sociedades occidentales a los cambios fueron distintas.

Algunas saltaron a los brazos del fascismo, eligiendo la guerra como un medio de rehacer el tablero a escala global (Alemania, Italia, Japón). EEUU y Francia fueron la excepción y, a través del *New Deal* del presidente Roosevelt y del Frente Popular en Francia, respectivamente, lanzaron una opción diferente a través de una intervención activa del Estado, respaldada por las clases trabajadoras. Estas fórmulas, sin embargo, permanecieron tímidas y su expresión más plena sólo entró en plena vigencia después de 1945.

En las periferias, el colapso de los mitos de la *belle époque* gatilló una radicalización antimperialista. Algunos países en América Latina, sacando ventaja de su independencia, inventaron nacionalismos populistas en una variedad de formas. En México se impuso la revolución campesina en las décadas de 1910 y 1920. En Argentina apareció el peronismo en la década de 1940. En el Oriente, el kemalismo turco fue su contrapartida. Tras la revolución de 1911, China fue asaltada por una larga guerra civil entre los modernistas burgueses —el Kuo Ming Tang— y los comunistas. En todos lados, el yugo colonial impuso un plazo de varias décadas para la cristalización de similares proyectos nacional-populistas.

Aislada, la Unión Soviética intentó inventar una nueva trayectoria. Durante la década de 1920 se promovió la consigna de la revolución global. Forzada a retroceder hacia sus propias fuerzas, la Unión Soviética siguió una serie de planes quinquenales que intentaban permitirle ganar el tiempo perdido. Lenin ya había definido ese curso como “poder soviético más electrificación”. La referencia aquí era una nueva revolución industria donde la electricidad jugaría el papel central y no necesariamente el carbón y el acero. Pero “la electrificación” (de hecho, principalmente carbón y acero) habría de ganarle la mano al poder de los soviets, que terminó vacío de contenido.

Esta acumulación centralizada fue, por supuesto, administrada por un estado despótico, sin considerar en esto el populismo social que caracterizaba sus políticas. Pero hacia entonces, ni la unidad alemana ni la modernización japonesa, habían sido el trabajo de demócratas. El sistema soviético fue eficiente tanto tiempo como los fines siguieron siendo simples: acelerar la acumulación extensiva (la industrialización del país) y construir una fuerza militar que fuera la primera en ser capaz de enfrentar el reto del adversario capitalista, derrotando a la Alemania nazi y luego poniendo fin al monopolio americano sobre las armas atómicas y los misiles balísticos durante la década de 1960.

Después de la guerra: Crecimiento acelerado (1945-1970) a crisis (1970-2000)

La segunda guerra mundial inauguró una nueva fase en el sistema mundial. La expansión del período de posguerra (1945 - 1975) descansó sobre tres proyectos de la época, cada uno estabilizaba y complementaba a los otros. Estos tres proyectos sociales eran: a) en el Occidente, el Estado de bienestar social demócrata, proyecto basado en la eficiencia de sistemas nacionales productivos interdependientes. b) el “Proyecto Bandung” que contemplaba la construcción de burguesías nacionales en la periferia del sistema (ideología desarrollista). c) El proyecto de estilo soviético de “capitalismo sin capitalistas”, que existía con una relativa autonomía con respecto al sistema mundial dominante. La doble derrota del fascismo y del viejo colonialismo creó una coyuntura que le permitió a las clases populares, víctimas de la acumulación capitalista, imponer formas estables aunque limitadas a la formación y regulación del capital. Las nuevas reglas, a las cuales el mismo capital debió ajustarse, se establecieron como condiciones básicas en este período de alto crecimiento y de acumulación acelerada.

La crisis que siguió (entre 1968 y 1975) fue una de erosión y luego colapso de los sistemas sobre los cuales previamente se había impulsado la expansión. Este período, que todavía no

se cierra, no se caracteriza por el establecimiento de un nuevo orden, como se sostiene muy a menudo. Más bien este período se caracteriza por el caos que aún no se supera. Las políticas que se están ejecutando actualmente no constituyen una estrategia para promover la expansión del capital. Se trata simplemente de administrar la crisis del capital. Las políticas no han tenido éxito ya que el proyecto “espontáneo” producido por las fuerzas activas y no mediadas del capital, en la ausencia de todo marco provisto por fuerzas sociales a través de reacciones coherentes y eficientes, es todavía una utopía. Los intereses a corto plazo de las fuerzas dominantes del capital, o si se prefiere el “mercado”, aún no logran crear una administración mundial con capacidad para eliminar las contradicciones. En la historia moderna, las fases de reproducción basadas en sistemas de acumulación estables son sucedidas por períodos de caos. En la primera de esas fases, como en el crecimiento de la posguerra, la sucesión de eventos da la impresión de una cierta monotonía, ya que las relaciones sociales e internacionales se han estabilizado. Estas relaciones son entonces reproducidas a través del funcionamiento de la dinámica del sistema. En estas fases de estabilidad - y para completar la confusión entre todos los “individualistas metodológicos”- son plenamente visibles los sujetos sociohistóricos precisos, definidos y activos (clases sociales activas, Estados, partidos políticos y organizaciones sociales dominantes). Sus prácticas parecen formar una pauta clara y sus reacciones son predecibles en la mayoría de los casos. Además, las ideologías que los motivan les ofrecen una legitimidad incontestable.

En esos momentos, las coyunturas pueden cambiar, pero las estructuras permanecen estables. Las predicciones son entonces posibles y hasta fáciles. El peligro surge cuando extrapolamos demasiado lejos estas predicciones, como si las estructuras en cuestión fueran eternas y estuvieran marcadas por “el fin de la historia”. El análisis de las contradicciones que enigmatizan estas estructuras se reemplaza entonces por lo que los posmodernistas han llamado correctamente “grandes narrativas”, “las leyes de la historia”. Los sujetos de la historia desaparecen, dando lugar a una supuesta lógica objetiva estructural.

Pero las contradicciones a que nos referimos hacen su trabajo silenciosamente y un día las estructuras “estables” colapsan. La historia entra entonces en una fase que podría ser descrita más tarde como de transición, pero que es vivida como una transición hacia lo desconocido, durante la cual cristalizan lentamente nuevos sujetos históricos. Estos sujetos inauguran nuevas prácticas, procediendo mediante pruebas y errores, y se legitiman a través de nuevos discursos ideológicos, a menudo muy confusos al principio.

Solamente cuando los procesos de cambio cualitativo han madurado suficientemente, aparecen nuevas relaciones sociales, definiendo sistemas pos-transición que son capaces de auto-reproducción sostenida.

La expansión de la posguerra permitió transformaciones económicas, políticas y sociales en todas las regiones del mundo. Estas transformaciones fueron el producto de regulaciones impuestas al capital por las clases trabajadoras y populares. No fueron el producto (y aquí la ideología liberal es demostrada como falsa) de una lógica de la expansión del mercado.

Pero estas transformaciones fueron tan grandes que, a pesar de los procesos de desintegración de que somos objeto en la actualidad, definieron un nuevo marco para los retos que enfrentan los pueblos del mundo actualmente, en los umbrales del siglo XXI. Por un largo tiempo - desde la revolución industrial a comienzos del siglo XIX hasta la década de 1930 (en la Unión Soviética) o hasta la década de 1950 (en el Tercer Mundo) -el contraste entre el centro y las periferias del moderno sistema mundial fue casi idéntico a la oposición entre países industriales y no industrializados. Las rebeliones en las periferias –y en este respecto las revoluciones socialistas en Rusia y en China y los movimientos de liberación nacional- revisaron este esquema al empalmar sus sociedades en los procesos de modernización. Aparecieron las periferias industrializadas y la vieja polarización se revisó. Pero luego una nueva forma de polarización vio la luz.

Gradualmente, el eje en torno al cual el sistema capitalista se estaba organizando, que definiría las formas futuras de la polarización, se constituía sobre la base de los “cinco nuevos monopolios” en poder de los países de la tríada dominante. Estos cinco monopolios son:

- El control de la tecnología
- Los flujos financieros globales (a través de bancos, carteles de aseguradoras y fondos de pensión del centro)
- Acceso a los recursos naturales del planeta
- Los medios y la comunicación y
- Las armas de destrucción masiva

Tomados en conjunto, estos cinco monopolios definen el marco dentro del cual la ley del valor globalizado se expresa a sí mismo. La ley del valor es escasamente la expresión de una "pura" racionalidad económica que puede ser separada de su marco social y político.

La ley del valor es más bien la expresión condensada de la totalidad de esas circunstancias. Son estas circunstancias —en vez del cálculo "racional" de decisiones individuales míticas hechas por el mercado— las que cancelan la extensión de la industrialización hacia las periferias, devalúan el trabajo productivo incorporado en esos productos, o sobrevalúan el supuesto valor agregado unido a las actividades a través de las cuales operan los nuevos monopolios para el beneficio de los centros. Por eso ellos producen una nueva jerarquía en la distribución del ingreso a escala mundial, más desigual que nunca, colocando en una situación subalterna a las industrias de la periferia. La polarización encuentra aquí una nueva base, la base que dictará su forma futura.

La industrialización que las fuerzas sociales, energizadas por las victorias de la liberación nacional, imponían al capital dominante, produjo resultados desiguales. En la actualidad, podemos diferenciar las periferias de primera línea, que fueron capaces de construir sistemas nacionales productivos con industrias potencialmente competitivas dentro del marco del capitalismo globalizado, de aquellas periferias marginales, que no fueron tan exitosas. El criterio que separa las periferias activas de las marginales no está sólo en la presencia de industrias potencialmente competitivas. La diferencia es también política.

Las autoridades políticas en las periferias activas - y detrás de ellas, toda la sociedad (incluyendo sus contradicciones) -tienen un proyecto y una estrategia para su realización. Este es claramente el caso de China, Corea y, en un menor grado, de algunos países del sudeste de Asia, India y ciertos países de América Latina. Estos proyectos nacionales se enfrentan con el imperialismo globalmente dominante. El resultado de esta confrontación contribuirá a dar su forma al mundo de mañana.

Por otro lado, las periferias marginales no tienen proyecto ni estrategia (aunque la retórica política del islam diga lo contrario). En este caso, los círculos imperialistas "piensan por ellos" y toman la iniciativa solos en la elaboración de "proyectos" que conciernen a estas regiones (como las asociaciones africanas de la Comunidad Europea, los "proyectos para el Medio Oriente" de EEUU e Israel, y los vagos esquemas europeos para el Mediterráneo). Ninguna fuerza local ofrece oposición alguna, estos países son por ellos sujetos pasivos de la globalización.

Esta breve visión de conjunto de la economía política de la transformación del sistema capitalista global en el siglo XX, debe incluir un recordatorio acerca de la sorprendente revolución demográfica que ha ocurrido en la periferia. La proporción de la población global formada por las poblaciones de Asia (excluyendo a Japón y a la Unión Soviética), África, América Latina y el Caribe representaba el 68 por ciento del total en 1900. Actualmente, aglutina el 81 por ciento.

El tercer socio en el sistema mundial de la posguerra, que comprendía a los países donde "actualmente se da el socialismo existente", ha abandonado la escena histórica. La misma existencia del sistema soviético, con sus éxitos en cuanto a industrialización extensiva y logros militares, fue uno de los principales motores de todas las grandes transformaciones del siglo veinte. Sin el "peligro" que representaba el modelo comunista, nunca la socialdemocracia de Occidente habría sido capaz de imponer el Estado de bienestar. La existencia del sistema soviético y la coexistencia que le impuso a EEUU, reforzó también el margen de autonomía a disposición de las burguesías en el sur. Sin embargo, el sistema soviético, no pudo pasar a un nuevo estadio de acumulación intensivo. Finalmente, fracasó en la nueva revolución industrial (dirigida por las computadoras) con la que terminó el siglo XX. Las razones de este fracaso son complejas. Este fracaso nos obliga a colocar en el centro de nuestro análisis el giro no democrático del poder soviético, que fue al final incapaz de internalizar la urgencia fundamental que demandaban las condiciones que enfrentaba. Me refiero al progreso hacia el socialismo, representado por la intensificación de la democratización de la economía y de la sociedad que fuera capaz de trascender las condiciones definidas y limitadas por los marcos del capitalismo histórico. El socialismo será democrático o no podrá existir. Esta es la lección de la primera experiencia que arroja el romper con el capitalismo.

El pensamiento social y las teorías dominantes en economía, sociología y política, que legitimaban las prácticas de los Estados nacionales, de los Estados de bienestar autocentrados en Occidente, de los sistemas soviéticos en el Este y del populismo en el Sur, se inspiraban extensamente en Marx y en Keynes. Las nuevas relaciones sociales del período de posguerra, más favorables al trabajo, inspirarían las prácticas del Estado de bienestar, relegando a las liberales a posiciones de insignificancia. Por supuesto, la figura de Marx dominaba el discurso

del “socialismo real”. Pero las dos figuras preponderantes del siglo veinte gradualmente perdieron su cualidad como iniciadores de críticas fundamentales, convirtiéndose en mentores de la legitimación de prácticas del poder del Estado. En ambos casos, hubo un vuelco hacia la simplificación y el dogmatismo.

El pensamiento social crítico se movió, entonces, durante las décadas de 1960 y 1970 hacia la periferia del sistema. Aquí las prácticas del populismo nacionalista – una versión empobrecida del soviétismo - provocaron una brillante explosión en la crítica del “socialismo real”. En el centro de esta crítica había una nueva advertencia sobre la polarización creada por la expansión global del capital, que había sido subestimada y, a veces, ignorada desde hacía un siglo y medio. Esta crítica – del capitalismo realmente existente, del pensamiento social que legitimaba su expansión y de la crítica socialista de ambos—está en el origen de la entrada de la periferia en el pensamiento moderno. Aquí hay una crítica rica y variada –que sería un error reducir a la “teoría de la dependencia” - ya que el pensamiento social reabrió debates fundamentales sobre el socialismo y sobre la transición hacia él. Más aún esta crítica revivió el debate sobre el marxismo y el materialismo histórico, entendiendo desde el principio la necesidad de trascender los límites del eurocentrismo que venía dominando al pensamiento moderno. El pensamiento social crítico inspirado, sin duda, por la erupción maoísta, inició también la crítica tanto del soviétismo como del nuevo globalismo que se alzaba en el horizonte.

La crisis de *fin-de-siècle*

El colapso de estos ejes sobre los cuales descansaba la regulación de la acumulación durante la posguerra que tomó impulso entre 1968 y 1971, se abrió hacia la crisis estructural del sistema, de una manera que recuerda lo que ocurrió a fines del siglo XIX. Las tasas de crecimiento y de inversión cayeron vertiginosamente (a la mitad de sus niveles previos), el desempleo creció brutalmente y la pauperización se intensificó. El 20 por ciento más rico de la humanidad aumentó su participación del producto global del 60 al 80 por ciento en las dos últimas décadas de este siglo. La globalización fue una buena cosa para algunos. Sin embargo, para la gran mayoría –especialmente para los pueblos del Sur– los ajustes estructurales implementados y el Estado, en un proceso de una dinámica de demolición social, fue un desastre.

La actual crisis estructural, como su predecesora, es acompañada por una tercera revolución tecnológica, que altera profundamente los modos de organización del trabajo que enfrenta un fiero ataque del capitalismo global. El movimiento social fragmentado no ha encontrado aún la fórmula suficientemente fuerte para enfrentar los retos que se le plantean. Pero ha realizado importantes logros en direcciones que enriquecen su impacto: principalmente, el poderoso ingreso de las mujeres en la vida social, así como la conciencia sobre la destrucción ambiental en una escala que, por primera vez en la historia, amenaza a todas las formas altamente organizadas de vida en el planeta. Así, a medida que el centro capitalista de los “cinco monopolios” entra en escena, un movimiento social global multipolar alternativo emerge (como contrapeso y como sucesor).

La administración de la crisis, basada en una brutal reversión de las recetas del “libre mercado”, trata de imponerse de nuevo. Marx y Keynes han sido borrados del pensamiento social y los “teóricos” de la “economía dura” han reemplazado el análisis del mundo real con el del capitalismo imaginario. Pero el éxito temporal de este pensamiento utópico ultra-reaccionario simplemente es el síntoma de su declinación –cuando la brujería ocupa el lugar de la racionalidad—que viene a testimoniar que en los hechos el capitalismo objetivamente está pronto para ser trascendido.

La crisis de administración del capitalismo ya comenzó a entrar en su fase de colapso. Las crisis del sudeste de Asia y de Corea eran predecibles. Durante la década de 1980 esos países y China se beneficiaron de la crisis global incrementando su comercio internacional, sobre la base de sus “ventajas comparativas”: el trabajo barato. Fueron capaces de atraer inversiones extranjeras pero sin ser absorbidos por la globalización financiera. En los casos de China y Corea incorporaron sus proyectos de desarrollo en una estrategia nacionalmente controlada. En la década de 1990, Corea y el sudeste de Asia se abrieron a la globalización financiera, mientras que China e India comenzaban a orientarse en la misma dirección.

Atraídos por los altos niveles de crecimiento de la región, el excedente de capitales flotantes se movieron en esa dirección, produciendo un acelerado crecimiento pero también inflación en los valores (*stocks*) y en la propiedad raíz. Como se predijo, la burbuja financiera estalló poco después.

La reacción política a esta crisis masiva fue novedosa en varios aspectos –por ejemplo, diferente a la provocada por la crisis mexicana. EEUU, con Japón siguiéndole de cerca, intentó tomar ventajas de la crisis de Corea, para dismantlar el sistema productivo del país (bajo el pretexto falaz de que era controlado oligopólicamente) y subordinarlo a las estrategias de los oligopolios de EEUU y de Japón. Los poderes nacionales intentaron resistir desfasando el

problema de su inserción en la globalización financiera mediante el restablecimiento de controles a los intercambios en Malasia o retirando la participación inmediata de su lista de prioridades en China e India. Este colapso de la dimensión financiera de la globalización forzó a los países del G7 (el grupo de los siete países capitalistas más avanzados) a planear una nueva estrategia, esta vez provocando una crisis en el pensamiento liberal.

Es a la luz de esta crisis que debemos examinar en sus líneas generales el contraataque lanzado por el G7. De la noche a la mañana cambiaron su tono: el término “regulación”, prohibido hasta entonces, reapareció en las resoluciones del grupo. Había llegado a ser necesario “regular los flujos financieros internacionales”. Joseph Stiglitz, principal economista del Banco Mundial en ese tiempo, sugería un debate para definir un nuevo “consenso post-Washington”. Pero esto ya era demasiado para los portavoces de la hegemonía de EEUU y el secretario del Tesoro, Lawrence Summers, buscó la fórmula para deshacerse de Stiglitz.

Los ataques a la hegemonía de EEUU. El siglo XXI

no será norteamericano

En esta caótica coyuntura, una vez más, EEUU tomó la ofensiva para restablecer su hegemonía global y, en consecuencia, organizar el sistema mundial a su medida económica, política y militar. ¿Es que la hegemonía de EEUU había entrado en declinación? ¿O es que comenzaba a establecer una renovación que haría del siglo XXI un siglo norteamericano?

Si examinamos la dimensión económica en su sentido estrecho, en términos del producto interno bruto (PIB) y me dimos las tendencias estructurales de la balanza comercial, concluiríamos que la hegemonía americana, tan aplastante en 1945, ha cedido terreno desde las décadas de 1960 y 1970 con el resurgimiento de Japón y Europa. Los europeos lo dicen continuamente, en términos que ya son familiares: la Unión Europea es la primera fuerza económica y comercial a escala mundial. La declaración, sin embargo, es algo apresurada. Aún cuando es verdad que existe un mercado europeo único y que se asoma una moneda única, lo mismo no se puede decir de la economía europea (al menos no todavía). Aún no existe algo que pueda llamarse “sistema productivo europeo”. En cambio, se puede hablar de un sistema productivo en el caso de EEUU. Las economías establecidas en Europa con la constitución de burguesías históricas en países relevantes y la configuración en este marco de sistemas productivos nacionales autocentrados (aún cuando sean abiertos con elementos agresivos), han permanecido más o menos iguales en las últimas décadas. Todavía no hay corporaciones transnacionales (CTN) europeas, sólo hay británicas, alemanas o francesas. La interpenetración del capital no es más densa en las relaciones inter-europeas que en las relaciones entre cada nación europea y EEUU o Japón. Si los sistemas productivos europeos han sido horadados y si la “interdependencia globalizada” los ha debilitado de tal manera que las políticas nacionales han perdido mucho de su eficacia, esto favorece la globalización y las fuerzas que la dominan (EEUU) y no la “integración europea” que no existe todavía.

La hegemonía de EEUU descansa sobre un segundo pilar: el poder militar. Levantado desde 1945, el poderío militar norteamericano ahora cubre todo el planeta, parcelado en regiones, cada una con un comando de operaciones. En el pasado, la hegemonía norteamericana era forzada a aceptar la coexistencia pacífica impuesta por el poder militar soviético. Ahora, se ha dado vuelta a esa página y EEUU se ha ido a la ofensiva en el reforzamiento de su dominio global.

Henry Kissinger resumió la coyuntura en una frase memorable y arrogante: “La globalización es solo otra palabra para designar el dominio de EEUU”. Esta estrategia global norteamericana tiene cinco objetivos:

1. Neutralizar y subyugar a las otras partes de la tríada (Europa y Japón), minimizando su habilidad para actuar fuera de la órbita de EEUU,
2. Establecer el control militar de la OTAN mientras se “latinoamericanizan” los fragmentos del antiguo mundo soviético,
3. Ejercer absoluta influencia sobre el Medio Oriente y el Asia central, especialmente sobre los recursos petroleros,
4. Desmantelar China, asegurando la subordinación de las otras grandes naciones (India y Brasil) previniendo la constitución de bloques regionales capaces de negociar los términos de la globalización y
5. Marginalizar las regiones del sur que carecen de interés estratégico.

El instrumento favorito de esta hegemonía es el instrumento militar, como los más altos representantes de EEUU no se cansan en repetir. Esta hegemonía, que garantiza la superioridad de la tríada sobre el sistema mundial, exige que los aliados de EEUU estén de acuerdo en seguir todas sus iniciativas. Gran Bretaña, Alemania y Japón no ponen objeciones (ni aún culturales) a este imperativo. Pero esto significa que los discursos acerca del poder económico de Europa (con los que los políticos europeos empapan a sus audiencias) carecen de significado real. Al posicionarse exclusivamente en el terreno de las disputas mercantiles, Europa (que no tiene proyectos propios en lo político ni en lo social) ha perdido la carrera antes de la partida. Washington lo sabe bien.

El cuerpo principal para la realización de la estrategia elegida por Washington es la OTAN, lo que explica por qué ha sobrevivido al colapso del adversario que constituía la *raison d'être* de la organización. La OTAN todavía habla en nombre de "la comunidad internacional", a pesar del desagrado que le provoca el principio democrático que gobierna a esta comunidad a través de las Naciones Unidas. La OTAN actúa sólo para servir los objetivos de Washington - nada más ni nada menos - como lo demuestra la historia de la pasada década, desde la guerra del Golfo a Kosovo.

La estrategia empleada por la tríada, bajo la dirección de EEUU, tiene como objetivo la construcción de un mundo unipolar organizado según dos principios complementarios: la dictadura unilateral del capital CTN dominante y el despliegue del poderío militar de EEUU, ante quien todas las naciones estarán obligadas a someterse. Ningún otro proyecto puede tolerarse bajo esta perspectiva. El proyecto europeo de aliados subalternos en la OTAN no tiene vuelo autónomo. Tampoco es viable un proyecto que permita algún grado de autonomía a China. Cualquier intento en esta dirección sería quebrado por la fuerza si es necesario.

Esta visión de un mundo unipolar está siendo cuestionada por una alternativa de globalización multipolar. Sería la única estrategia que podría permitir a las diferentes regiones del mundo alcanzar un desarrollo social aceptable, capaz de albergar la democratización social y la reducción de los motivos de conflicto. La estrategia hegemónica de EEUU y de sus aliados de la OTAN es hoy la principal enemiga del progreso, de la democracia y de la paz.

El siglo XXI no será un siglo americano. Será un siglo de conflictos, del ascenso de las luchas sociales que cuestionarán las ambiciones de Washington y del capital. La crisis está exacerbando las contradicciones entre las clases dominantes. Estos conflictos cobrarán dimensiones internacionales cada vez más agudas y empujarán a los Estados y grupos de Estados unos contra otros. Ya se pueden distinguir los primeros indicios de un conflicto entre EEUU, Japón y su fiel aliado australiano, por un lado, y China y otros países asiáticos, por el otro. No es difícil prever el renacimiento del conflicto entre EEUU y Rusia, si esta última logra liberarse de la espiral desintegradora donde la arrojaron Boris Yeltsin y sus "consejeros" norteamericanos.

Si la izquierda europea se libera de la sumisión a los dobles dictados del capital y de Washington, sería posible imaginar que una nueva estrategia europea pudiera enlazarse con las de Rusia, China, India y el Tercer Mundo en general, en un esfuerzo necesario por una construcción multipolar. Si esto no llega a ocurrir, el proyecto europeo en sí mismo se desvanecerá.

Por eso, la cuestión central es cómo los conflictos y las luchas sociales (es importante diferenciar entre ambos) se podrán articular. ¿Quién triunfará? ¿Las luchas sociales se subordinarán, enmarcadas en los conflictos, y por ello serán controladas por los poderes dominantes, y aun convertidas en instrumentos en beneficio de esos poderes? ¿O las luchas sociales superarán su autonomía y forzarán a los poderes mayores a responder a sus urgentes demandas?

Por supuesto, no imagino que los conflictos y las luchas del siglo XXI puedan reproducir las experiencias del siglo anterior. La historia no se repite de acuerdo a un modelo cíclico. Hoy las sociedades enfrentan nuevos retos en todos los niveles. Pero precisamente dado que las contradicciones inmanentes del capitalismo se han hecho más agudas al finalizar el siglo de lo que eran en sus comienzos, y porque los medios de destrucción son también mucho más grandes, las alternativas para el siglo XXI son (más que nunca antes) "socialismo o barbarie".

*Traducción del texto publicado en inglés por *Monthly Review*, vol. 52, N°2, junio de 2000.

**Sociólogo egipcio, profesor de ciencias económicas, dirige el Departamento Africano del Foro del Tercer Mundo, Universidad de Naciones Unidas, en Dakar.

La plaga de la guerra

“Nosotros, pueblos de las Naciones Unidas, resueltos en preservar las generaciones futuras de la plaga de la guerra (...) y a instituir métodos que garanticen que no se hará uso de la fuerza de las armas, excepto en interés común, (...) decidimos asociar nuestros esfuerzos para realizar estas intenciones”.

Preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas